

# **NO ME HAGAS CASO, FERNANDO**



**Oscar Zaitch**

Necesito que Fernando vuelva a Buenos Aires. Di muchas vueltas inútiles hasta darme cuenta de algo tan sencillo, tal vez cegado por esa ridícula omnipotencia tantas veces vencedora, capaz de hacerme creer que podré llenar páginas de ficción con quienes se me antoje inventar, para obligarlos a hacer y decir todo lo que pase por mi imaginación o mis sentimientos.

Pobre Fernando, esperando por años en Brasil que un destello de claridad en mi cabeza le permitiera regresar a donde pertenece, y de donde –ahora lo veo con nitidez- nunca debió salir. Claro, excusas y explicaciones sobran, pero el tiempo las viene carcomiendo y su validez se ha vuelto opinable.

Para qué iba a considerar a Fernando, por ejemplo. En aquella novela no lo maté sólo porque pareció que la lejanía era una categoría más interesante que la muerte, de modo que sin razón o necesidad lo exilié. Terminaba con Fernando y con la novela mediante la sentencia “peor que la muerte es el olvido”, en una especie de decreto de disolución final. Servía, entre otros propósitos, para condensar el hartazgo y la incomodidad de trescientas páginas de convivencia con

un sujeto no del todo dependiente, con una cuota de obediencia tan escasa como para dedicar su conducta a contradecir muchos de mis designios.

Cualquiera diría que este deseo de reflotar a Fernando es pura culpa, resultante de aquel maltrato final, sobre todo sabiendo de nuestra inmensa libertad para parir personajes sobre el papel: una demiurgia absoluta, superadora de cualquier límite que deja en manos del escritor la capacidad de crear personajes a gusto y a disgusto, con defectos, atributos, costumbres, emociones, taras, complejos, alegrías, hasta olores, necesarios para su relato. El reproche sería “si podés escribir cualquier personaje, si nada te impide fijar cada detalle de su personalidad, cuál es la necesidad de repetir con Fernando, un tipo inventado para otra novela, del todo diferente de la que tenés en gestación”.

Bueno, pero las cosas son así: voy a insistir con Fernando. Pero atención, no es un capricho; tampoco significa el entumecimiento de mi imaginación, todavía muy sensible y atenta. Cada caminata por las calles de la ciudad, cada viaje en subte o en colectivo, cada café en bares robando diálogos vecinos, cada ser humano que por tales o cuales razones me habla, es un personaje que apunto sin saber si me

servirá en el futuro. El desfile es incesante y mi colección engorda a diario, pero el archivo no es más que una mísera lista de datos, y dar vida a un personaje es otra cosa. Es algo penoso, complicado, lleno de misterios, contramarchas y vacilaciones que cuestionan el pretendido poder del escritor. O por lo menos que deshacen su imagen para rebajarla a simple fachada –como la del político exitoso– detrás de la cual hay un ser humano luchando por saber lo que busca y por decirlo de un modo entendible.

Además, con cada personaje nuevo tengo que disputar una lucha por el control de su lenguaje, de sus acciones. Quien diga que los maneja a voluntad es muy probable que esté trabajando con cadáveres, a lo sumo con marionetas. Con demasiada frecuencia me ocurre que un buen personaje carretea unas pocas páginas y despega cuando ni siquiera nos hemos familiarizado con el carácter que quisimos darle: pensábamos ser amigos cuando en realidad se ha vuelto un extraño. Nos sorprende a cada vuelta de hoja con senderos desconocidos, con palabras inesperadas que muestran su independencia, dejando en claro que se propone imponer su antojo.

Tal el caso de Fernando. No hay mejor ejemplo que ilustre lo que quiero decir. Mis planes para Fernando fueron darle el perfil de un

muchachón promediando los cuarenta, educado y entrenado para razonar, para defender la razón por sobre cualquier variante del pensamiento. Quise amurallarlo contra la falta de lógica, contra la mentira y en especial contra la marea irracional que predomina en esta época. Puede que haya exagerado en el propósito, a pesar de tener buenos motivos. Fernando debía ser una especie de detective en una novela con varios misterios, y sus armas exclusivas serían el saber sistemático –las ciencias del lenguaje y de los signos- y una lógica impecable. Con estricta racionalidad y ese hábito que tienen los científicos de dudar de todas las apariencias. Quise hacer, en resumen y para hablar mal y pronto, un intelectual de mierda, de esos que caen mal a la gente normal y terminan aislados, integrando alguna secta de colegas en cuyas reuniones se habla mal del mundo.

Supongo que así salió Fernando, a las pruebas me remito. Releo la novela ya distante algunos años y el dibujo va tomando los trazos pretendidos. Sin embargo...

También descubro a otro Fernando, uno que desde luego jamás intenté crear. Tiene un cierto humor apenas perceptible en sus palabras, inesperado al aparecer en situaciones que no lo requieren. Eficaz para despertar en mí alguna sonrisa cómplice y sorprendida,

como si fuera otro quien lo hubiera diseñado. No me molestó ese humor, pese a no haberlo buscado. En cambio debo confesar que me puso mal conocer a un Fernando bastante bohemio y peor aún al darme cuenta de su romanticismo bastante visible.

Hace poco leí a un pensador sosteniendo que el romanticismo es el producto desgraciado de una sociedad incapaz de superar sus males –dos siglos ya de esfuerzos sin resultados- y que los movimientos del arte contemporáneo, en todo el siglo XX, fueron influidos negativamente por el romanticismo para describir un estado de decadencia social creciente. Yo no adhiero a semejante versión; confieso que me gusta la música de Brahms y dudo bastante de todo lo demás. Pero de lo que estoy seguro es que no quise, no necesité de ningún modo, que Fernando tuviese un espíritu romántico. La novela no precisaba un protagonista romántico, hasta es posible que fuera inconveniente para la trituradora de conceptos que imaginé. Puedo digerir esa cierta bohemia en él, al fin y al cabo no interfiere demasiado: la bohemia no es un rasgo suficiente para convertir a un científico en un artista por más que todo sujeto de aspecto o conducta excéntrica pueda parecerlo. Pero insisto, lo del romanticismo, esas actitudes apasionadas y hasta un poco enfermizas de Fernando, me

cayeron muy mal por contrariar mis deseos de un modo tan frontal. Y más todavía, después de mi lectura reciente, por tener tal vez que darle la razón al filósofo.

¿Y entonces? Más reproches: Con todo lo que dijiste, ¿vas a insistir con un personaje que te salió para el carajo? Precisamente. No me salió para el carajo, sólo me salió. Es que ahora, para esta novela, necesito a Fernando por esos rasgos antes no deseados. Me sirven, me hacen falta y tengo la esperanza de que estos tres o cuatro años en Brasil no lo hayan cambiado demasiado.

La alternativa de buscar un personaje nuevo me expone a los mismos riesgos que tomaron forma con Fernando. Qué tal si propongo un tipo así y termina naciendo otro, inservible para mi novela. El lingüista ya es como lo desprecié antes y como lo necesito ahora, con él voy más a lo seguro. Sé que me hará rabiar, es inevitable y estoy preparado para soportarlo. Todos tendrán que soportarlo.

Recorro la madrugada rumbo a mi casa. “La casa está en orden”. La frase late en el cerebro, no la puedo apagar desde la bronca y la tristeza que llevo encima. “Necesito un café, entro al bar que todavía aguanta abierto, a fuerza de bostezos del único mozo. Trato de recordar el desorden de una Semana Santa lejana, ese que alguien quiso disimular con la frase, al precio de tantas complicidades. Pero me concentro en las cinco palabras que se han instalado en mi y repiquetean. No se trata de política: es que si hay una casa ordenada, ésa es la de Clarisa.

Salimos un par de veces antes que me invitara. Alguien nos había presentado, y sin que hubiera demasiada onda, salimos. Volvimos a salir, por aquello de que uno busca desde todos los ángulos encontrar cosas comunes, algo para compartir, hasta que se da cuenta de que lo concreto es atracción física. Seguro que ella lo había descubierto antes que yo, por la mirada fija que acompañó cuando, apenas saliendo del cine dijo de ir a su casa. Mientras yo empezaba a entender el asunto, ella ya lo tenía decidido. Nada de comentar el



filme, o de ir a tomar algo. No, Fernando, vamos a mi casa. Así que fuimos.

Revuelvo el café que humea. El orden, qué cosa contradictoria. Práctica, no nos engañemos. Baste escuchar mis puteadas cuando no encuentro algo- me pasa a diario- pensando en las cosas que podría hacer en lugar de esas búsquedas interminables, para entender que tal vez haga falta ser ordenado. Está claro que no lo soy, pero también es obvio que me encanta ser desordenado.

Buen café, todavía lo preparan, en contra de la malaria universal. “Orden en la sala”, en cambio, es callarse la boca, reprimirse, quedarse quieto, por efecto de una orden. La orden que controla el desorden. Yo en realidad siento el desorden revolverse en mi interior como algo cálido, vital.

Ella, en cambio, es muy ordenada, basta ver cómo se viste, cómo se arregla. Demasiado, pese a que no parece importarle el aspecto. No se acomoda el mechón de pelo que invade la cara, como lo haría cada dos minutos la que vive pendiente de la facha; no se mira en cada espejo ni se revisa la ropa. Tal vez sepa que es muy linda y que eso basta para electrizar a cualquier macho de sangre caliente, pero aún así ha decidido tener un aspecto impecable. Desde el primer momento

sufrí el contraste de todo eso con mis pantalones vaqueros, buenos pero compañeros desde antaño, ya casi parte del cuerpo. O con mis conflictos con el peine y el peluquero, con las camisas sin planchar que anuncian a gritos que Fernando es un solitario más bien bohemio. Miro las luces del bar bailando en los reflejos negros del café humeante, mientras trato de imaginar porqué me dio bola, siendo yo tan distinto a ella. Tal vez quería voltearme, sin demasiados trámites, éstos que tratamos de cumplir los varones cuando creemos estar haciendo un levante.

Cuando entramos a su departamento yo estaba loco por concretar lo que ella parecía haber resuelto. Pero encenderse las luces y ver esa sucesión interminable de cosas en su sitio, todo limpio y reluciente, perfecto en su ubicación y en su proximidad con lo demás, fue como un camión volcador enorme lanzando una carga de escombros sobre mi entusiasmo. Era un ambiente grande, con sillones del lado del ventanal, un juego de comedor más hacia la entrada, y varios muebles en las paredes cargados de objetos, adornos y algunos libros lujosos, que de lejos parecían enciclopedias o alguna de esas colecciones tan vistosas que se venden en cuotas. Además, varias mesitas pequeñas,

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

